

bari^ojillo

En Rosario, el ruido de la cultura

CON ESTA
EDICION, CD
DE BLUE ART
RECORDS
SIN CARGO

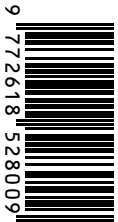
NÚMERO 32

AÑO V

Julio - Agosto 2024

ROSARIO \$4500

Sebastián Vargas



ENTREVISTA A
MYRIAM CUBELOS

EL LUMIERE

CONTRAVIENTO

ESCRIBEN
SEBASTIÁN RIESTRA,
MIGUEL ROIG
Y JUAN AGUZZI

UTOPIA RECORDS ES LA DISQUERÍA MÁS ANTIGUA DE LA CIUDAD. EL PERIPLO COMENZÓ EN 1978 Y LA CLAVE DE SU PERMANENCIA FUE LA ESPECIALIZACIÓN EN ROCK Y JAZZ. PUCHI Y DIEGO ARCE, PADRE E HIJO, REVELAN LA FÓRMULA DEL NEGOCIO: "ES LO QUE NOS GUSTA Y CONOCEMOS"

Larga duración (LP)





CULTURA

CASA VANZO WERNICKE

Rosario suma un nuevo espacio público de investigación, experimentación y prácticas para artistas, realizadores y hacedores locales.

 @casa_vanzo_wernicke



Municipalidad
de Rosario

STAFF

barullo

Director fundador
Horacio Vargas

Directores asociados
Sebastián Riestra
Perico Pérez

Colaboran en este número
Pedro Squillaci
Beatriz Vignoli
Miguel Roig
Leandro Arteaga
Edgardo Pérez Castillo
Juan Aguzzi

Fotografía
Sebastián Vargas

Diagramación
Fabiana Colovini

Seguinos en
 www.barullo.com.ar
 @revistabarullo
 revista_barullo
@barullorevista

Contacto
barullorevista@gmail.com

Distribuye
Homo Sapiens Ediciones
Sarmiento 825, Rosario

Imprimió
Fervil Impresos
Santa Fe 3316, Rosario

Editor responsable
Horacio Vargas
Registro de la propiedad
intelectual: 3055388



LA PRIMERA

Rosario estaba más gótica que nunca

Una tarde a comienzos de octubre del año pasado un joven profesor de literatura, Alberto Giordano, caminaba rumbo a la Facultad de Humanidades; venía de su casa, que igual que la Facultad estaba en la calle Entre Ríos, así que el trayecto, que hacía cuatro veces por día, era en línea recta. Un kilómetro justo, por la parte más deprimente de Rosario. El hábito hacía que no viera nada, y él no le oponía resistencia; por lo general iba pensando en cualquier otra cosa. Hacía unos meses apenas que vivía en ese departamento de la calle Entre Ríos, y ya estaba pensando en mudarse, lo que sería un alivio.

En esta ocasión iba muy apurado, y no porque le importara estar en la Facultad (si fuera por él habría tomado la dirección contraria), sino por el clima. No se podía creer el frío que estaba haciendo. Directamente se había puesto a nevar, pero era difícil notarlo por causa del viento. No podía decirse que hubiera un solo viento, sino varios, muchísimos, soplando como bestias lunáticas desde todas partes, y no en línea recta sino en arcos, en espirales, vientos gancho, cargados de partículas de hielo, encarnizados en la cabeza de Giordano, que parecía el único rosarino que se había atrevido a salir a esa hora de la tarde, las cinco.

Por suerte era muy bajo, con lo que se escurría más fácil en el vendaval, y regordete, provisto de una gruesa capa de grasa, como las focas. Aun así, a mitad de camino ya tenía los huesos helados, las piernas insensibles, le dolían todos los músculos del cuerpo de la fuerza que hacía por contraerse. Había empezado a perder la coordinación: las ráfagas lo sacudían como un pelele. Cada cinco pasos daba una vuelta completa como un trompo, salía disparado por la tangente de sí mismo, y se estampaba contra las paredes, donde quedaba una silueta sobre cuyo contorno se formaba de inmediato un grueso repulgue de hielo; y cuando estornudaba en el momento de chocar, la cabeza de ese figurón instantáneo resultaba una estrella de baba y moco, en hielo plateado, que persistiría hasta una improbable primavera.

¿Una estrella, o un sol? La luz era rara, muy blanca pero oscura, un metal, como espesores de hielo. Un alba antártica, medio rusa, medio fin del mundo. Rosario estaba más gótica que nunca, con carámbanos, turbulencias congeladas y las grandes mecedoras del tifón. Sobre las puntas de los edificios más altos se hamacaba una bruma de nubes sólidas que rugían. Las calles eran un silbido atronador. ¿Hasta dónde seguiría bajando la temperatura? Ya debía de estar en treinta grados bajo cero, y sin embargo se vivía.

Fragmento de *Los misterios de Rosario*, de César Aira (Emecé Editores)

UTOPIÍA, LA DISQUERÍA MÁS ANTIGUA
Y PRESTIGIOSA DE ROSARIO

La pasión por vender discos y la historia del mocasín volador

Puchi y Diego Arce –padre e hijo– cuentan por
qué Utopía Records representa un fenómeno
de la ciudad basado en el conocimiento y la
especialización

Por **Pedro Squillaci**
Fotos **Sebastián Vargas**

Un cliente entra a una disquería y dice: “Buen día, ¿tiene el último disco de Los Beach Boys con Julio Iglesias?”. El hombre detrás del mostrador lo escucha, respira, se saca los anteojos y con la mayor calma posible le responde: “Ese disco no lo tenemos porque no existe”. “¡Cómo que no existe, si yo lo escuché!”, retruca envalentonado el potencial comprador. “Mire, no sé si usted lo escuchó o no, pero yo tengo toda la discografía de Los Beach Boys y le puedo asegurar que no hay ningún disco en el que

esa banda toque con Julio Iglesias”. La discusión sube de tono, los otros clientes que estaban revisando discos en las bateas entraron en modo pausa para no perderse detalle de lo que acontecía y de repente voló un mocasín. El vendedor no pudo soportar que un comprador sea tan prepotente con su pedido, pero en rigor lo que más le ofendió es que a alguien se le ocurriese que su banda preferida pudiera compartir escenario y mucho menos una grabación con un cantante tan romántico como Julio Iglesias. La

escena podría ser de ficción o podría haber ocurrido en una discoteca de New York, Madrid o Londres. Pero no, ocurrió en Utopía Records, de Rosario, y el que tiró el mocasín no fue otro que el mismísimo Puchi Arce, el dueño de la disquería más antigua de la ciudad.

Puchi es un enamorado de la música desde que tocaba la guitarra eléctrica en los 60 con Los Vampiros, la banda en que estaban nada menos que dos Gatos: Kay Galiffi y Oscar Moro. En esos días conoció a Litto





Nebbia. Ahora se diría que pegaron onda, pero antes se decía que pateaban juntos, y la amistad sigue hasta estos días y creció con el paso del tiempo. Una vez se le ocurrió vender discos para poder conseguir esos vinilos que en Rosario eran inhallables, a menos que se viajara a Buenos Aires. En 1976 fue uno de los socios de la inolvidable Record Shop, la que quedaba en la planta alta de Galería Libertad, hasta que después se mandó con Utopía Records y no paró nunca más. Hasta tuvo que mudarse porque ya no

había local en donde entraran los discos y los compactos cuando explotó el furor en los 90. Y en esa pasión tuvo un ladero de lujo, su hijo Diego, quien era estudiante de Ciencias Económicas y siempre se hacía un espacio para atender el negocio, aunque sea media jornada. Hasta que un día, faltándole cuatro materias para recibirse de contador, mientras estaba tapado de pedidos de discos (igual que ahora) le dijo al Puchi: “Viejo, a mí me gusta la disquería, yo largo la facu”. “Yo lo quería matar” dice el papá, pero de

alguna manera los dos eran cómplices de la misma pasión. Y hoy, a los 51 años, Diego es el motor de Utopía, el que tiene todos los discos en la cabeza, el que atiende al público con la mayor de las paciencias y el que maneja en modo de doble comando ese avión a chorro que se llama Utopía Records.

En la planta alta del local ubicado en calle Maipú 778, local 8, a pocos metros de la peatonal Córdoba, Puchi y Diego deciden cerrar unos minutos antes para hablar distendidos con **Barrullo**.

–Puchi, ¿por qué se te ocurrió poner un negocio para vender discos?

–A mí siempre me gustó la música, a los diez años cantábamos con mi vieja las canciones que escuchábamos en la radio. Después me empecé a acercar a la música tocando, primero folklore y después rock. Ya después en la secundaria empecé a tocar rock en una banda que se llamó Los Vampiros con el gran Oscar Moro, después entró Kay Galiffi. Los Vampiros duraron hasta que Moro y Galiffi se fueron a Buenos Aires por el llamado de Litto y Ciro (Fogliatta) para armar Los Gatos. De todas maneras, yo estaba estudiando en la Facultad de Ciencias Económicas, me recibí e inclusive trabajé un montón de años como contador. Yo tenía y tengo una colección infernal de discos en mi casa. Y me dije: “¿Por qué no una disquería si es lo que más me gusta?”. Entonces arranqué una disquería con mi socio Juan José Milicich y nos largamos con Record Shop, después Juan José se la vendió a un amigo en común, el Flaco Terán, en la Galería Libertad. Era una disquería muy chiquitita que tenía un equipito de morondanga que era mío y empezamos con unos discos de nuestra colección. Eran los años 76, 77 más o menos. En realidad habíamos arrancado con Truekedisco, porque estaba Cambidisco en Buenos Aires, y después era tan feo ese nombre que lo cambiamos.

–¿Y cuándo se empieza a escribir la historia de Utopía?

–**Diego:** Y... fue en el 78, cuando se puso el local al lado del diario La Capital, en la Galería Cassini. Ya ahí estaba mi viejo solo, Milicich se había quedado con Record Shop.

–**Puchi:** Yo siempre tuve la idea de poner una disquería, porque estaba

muy pegado con la música. Entonces me acuerdo que le dije a Juan José: “¿Por qué no ponemos una disquería con usados y nuevos?” Acá en esa época solo se vendían usados en Oliveira, que era un lugar que vendía de todo, tango, folklore. Yo quería poner una disquería especializada en rock y jazz, como las de Capital Federal, y a su vez quería vender importados. Los únicos que vendían eran los de El Agujerito en Buenos Aires. Yo era cliente de mostrador de El Agujerito, porque cada tanto viajábamos con mi señora, Liliana, que era profesora de literatura. Y lo que hacíamos era una cosa de locos.

–¿Por qué una cosa de locos?

–**Puchi:** Dejábamos en casa a Diego y a su hermano Cristian, que eran chiquitos, a cuidado de mi vieja. Y nosotros nos íbamos en tren a la mañana temprano, onda seis de la mañana, para llegar a las diez a Buenos Aires, tomábamos un café con leche y decíamos: “Bueno, nos vemos a la una en tal bar”. Entonces Liliana salía a los libros y yo salía a los discos. A la una nos encontrábamos, comíamos una ensaladita y un sanguchito, y como sabíamos que a las seis de la tarde teníamos el tren de regreso, volvíamos a la tarde a los discos y a los libros, nos reencontrábamos tipo cinco en un bar cerca de la estación y volvíamos, todo en un día, no parábamos en ningún hotel ni nada, una cosa de locos.

Con tanta pasión, el plan de Puchi no podía fallar. Día a día comenzaron a vender cada vez más y más discos, siempre dentro de la gama del rock y pop argentino e internacional y todo el jazz, y Utopía se convirtió en la primera disquería de la ciudad en vender discos importados. Una cucarda que el local sigue ostentando con orgullo.

–Diego, ¿cómo te enganchaste con esta pasión?

–Nosotros de chiquitos con mi hermano Cristian, que es 15 meses menor que yo y es médico, escuchábamos discos en el living. Yo también estudiaba Económicas como mi viejo, pero la diferencia es que yo no la terminé (risas). Es que no me veía trabajando de contador. Hoy nos viene bien porque los dos manejamos cuestiones del negocio, pero él maneja más la parte contable y a mí me encanta atender a la gente.

–¿Pero cuándo arrancaste a laburar en la disquería?

–Y...cuando terminé la secundaria. Me acuerdo que, ya en la facultad, cursaba a la mañana y venía al negocio a la tarde. La última materia que rendí fue en marzo del 2001, fue la última vez que fui a la facultad, me faltaban cuatro materias y no quise ir más, a partir de ahí empecé con jornada completa en el negocio. Pero ya me gustaba la música de mucho antes, yo iba al Superior de Comercio y a la salida siempre íbamos a ver qué era lo nuevo que había salido en las disquerías.

El periplo de Utopía Records comenzó en Galería Cassini del 78 al 80, de ahí fue a Galería Sudamérica, local 5, del 80 al 98, y de marzo del 98 hasta la actualidad en el local actual de calle Maipú.

–**Puchi:** Siempre nos mudábamos porque nos quedaba chico el negocio, no teníamos dónde poner los discos.

–**Diego:** Y ahora también nos está pasando (risas). Pero la habilitación oficial de este local de Maipú fue el 1º de marzo de 1998.

–**Puchi, lo de ustedes siempre fue rock y jazz, estamos de acuer-**



do, pero si viene un tipo y te pide Los Palmeras o Valeria Lynch, ¿qué le decís?

—Esta disquería arrancó como una cuestión de gustos personales, nos quisimos especializar, porque dijimos “trabajo de lo que me gusta y de lo que conozco”. A veces me preguntan por qué no vendo música clásica. Y, porque no conozco. Yo sé que para vender clásico tenés que saber mucho, es muy jodido el clásico. El rock y jazz es lo que nos gusta y lo que conocemos, no es porque despreciemos lo otro, simplemente no es lo nuestro.

—Bien, pero para conocer hay

que estudiar y el universo del rock es amplísimo. Así como antes investigabas la discografía de The Kinks, tu grupo favorito, ¿ahora estudiás a Arctic Monkeys, por ejemplo?

—Hay que separar dos épocas, cuando yo arranqué e incluso cuando arrancó Diego, no existía toda la bibliografía que hay ahora y obviamente que tampoco estaba internet. Entonces yo tenía y tengo una infinidad de bibliografía en inglés en mi casa, y tenía suscripción de revistas de Inglaterra, estaba siempre informado. Y siempre tuve la chifladura de investigar las cosas menos conocidas. Que es una

chifladura digo, porque si venís y me preguntás si tengo toda la discografía de tal grupo grosso, yo te digo no. Pero después tengo discos de grupos que no los juna ni la vieja. Por ejemplo, para qué tener la discografía completa de los Rolling Stones en tu casa si lo tengo en la disquería. Pero el grupito Fichi Fichi que grabó un disco y medio en 1964 vos venís acá y lo vas a tener. Yo tenía esa chifladura y por suerte, ahora que estoy más viejo y estoy más vago, Diego sigue con la misma chifladura que tenía yo, porque sigue estudiando y sigue investigando todos esos grupos raros.

—Diego: Lo que pasa que es lindo

descubrir grupos. Yo me acuerdo cuando descubrimos Nirvana o cuando descubrimos PJ Harvey o Rage Against The Machine. Me acuerdo cuando trajimos el primer disco de Rage Against The Machine. Yo dije “qué es esto, es algo distinto”.

–**Puchi:** Yo me acuerdo que tenía toda la discografía importada de The Cure en la época del vinilo y me cansaba de recomendárselo a la gente pero no lo conocían y no me daban mucha bolilla. Cuando se comenzó a editar acá y explotó, venían a buscar acá el resto de la discografía. Y yo decía: “Ah, ahora venís, ¿te acordás, cuando yo me cansé de recomendártelo y no me dabas bola?”. Fijate el caso de Fernando Kabusacki, él siempre dijo públicamente en reportajes que conoció a King Crimson y Robert Fripp “gracias a Puchi de Utopía que me lo hizo conocer”, y hoy toca con Fripp, eso es una alegría para uno.

–**¿Cuál es tu grupo favorito, Puchi?**

–Los Kinks es mi grupo favorito, siempre me peleaba con los fans de los Beatles, porque yo decía que el compositor inglés más importante de la década del 60 fue Ray Davies, líder de The Kinks. Y entonces me decían “¿pero y Lennon-McCartney y Jagger-Richards?”. “Son dos, yo te digo uno, Ray Davies es uno”. Pete Townshend, ponele, de The Who, es uno, pero los otros eran dos (risas). A mí me gusta mucho el folk inglés, pero por una cuestión generacional.

–**Utopía tiene una particularidad, nunca tienen la música al palo, y es raro en una disquería, ya que generalmente pasa todo lo contrario.**

–Es una decisión. Y pasa lo mismo

en los recitales, mucha gente piensa que a más volumen es mejor y no es mejor, distorsiona el sonido. Este local, por ejemplo, es pésimo para la música porque hay mucho rebote, entonces hay disquerías que lo ponen fuerte para impresionar al cliente y que lo compre. A lo mejor los impresiona, pero a mí, como cliente, no me impresiona para nada, yo pido que lo bajen para escuchar el sonido y los detalles. Porque de lo contrario te sangra la oreja, no es lo mejor.

–**Diego:** Yo creo que la especialización fue la clave para subsistir y diferenciarnos, ese fue uno de los puntos principales para mantenernos tantos años. Vos fijate que las cadenas como Musimundo o Tower han cerrado en todos lados y siempre quedan las cuevas. Por eso creo que hicimos la diferencia con el conocimiento y la especialización.

–**¿Y por ese motivo venden discos fuera de Rosario también?**

–**Diego:** Sí, todo el tiempo, tenemos clientes a los que mandamos regularmente material a Santiago del Estero, Salta, Santa Fe, Córdoba, Río Negro, Paraná y a Buenos Aires mismo.

–**Puchi:** Hay gente que viene de Capital, y dice que se llegan a comprar acá porque en Buenos Aires no lo consiguen, no sé si es tan así, pero nos pasa.

–**Decían que moría el CD y también que moría el rock con tanto trap. ¿Qué opinan?**

–**Puchi:** Compacts se siguen vendiendo y se siguen editando, son otros tiempos, es otro mercado, pero sigue; y el trap me parece que es una cosa de la época pero no creo que inunde el mundo como lo hizo el rock. Son estilos para un cierto nicho de escuchas.

–**Diego:** De todos modos, el trap

está muy fuerte, mis hijos lo escuchan, pero antes todos escuchaban L-Gante y ahora no se escucha por ningún lado. El tema es que esa música tenga futuro, habrá que ver.

–**Puchi:** ¿Y la música disco? Cuando salió barrió con todo lo que había a fines de los 70 y en los 80, parecía que arrasaba, yo creo que uno de los discos que más vendimos fue *Fiebre de sábado por la noche*.

–**Diego:** Según el programa que tenemos en el sistema, del 96 para acá el disco que más se vendió fue *OK Computer* de Radiohead, además es uno de mis preferidos. Pero antes de que tengamos ese programa el que más se vendió fue el de Bee Gees que dice mi viejo y también salió mucho *Slowhand*, de Clapton, el que tenía el tema “Cocaine”.

–**Puchi, ya tenés 78 pirulos, alguna vez dijiste: “Che, no quiero laburar más en la disquería, me quedo a escuchar música en casa y listo”.**

–Ni loco, yo vengo acá de lunes a sábado. Esto no es una oficina, vivimos los dos de este trabajo y somos afortunados, no lo sentimos como un laburo. Hemos laburado feriados y domingos con las puertas cerradas para ingresar el stock. No me molesta para nada, lo disfruto.

–**Diego:** Esto es una pasión.

La charla con **Barullo** continúa entre el recuerdo de algunos clientes tan atípicos que Netflix haría varias temporadas con sus historias, el relato de anécdotas impublicables y la sonrisa cómplice de los entrevistados. De fondo se escucha Norah Jones con su banda. Suena despacio para que se aprecien bien los detalles. Al estilo de Utopía.



Sebastián Vargas

MYRIAM CUBELOS, CANTANTE

“El arte tiene que ir por otro lado, no replicando o mostrando más de lo mismo”

Con más de cuarenta años de recorrido cultural, Myriam Cubelos lleva construido un legado tangible que se traduce en seis discos editados y medio centenar de obras teatrales, en las que desempeñó diversos roles. Hay además otro legado, difícil de ser cuantificado, pero tan imprescindible como el de sus producciones artísticas: Cubelos continúa siendo una consistente militante de la música popular argentina

Por **Edgardo Pérez Castillo**

Cantante, actriz, directora, formadora de formadores, docente, difusora (desde la radio popular La Hormiga, donde realiza el programa *Late el barrio* junto a Aldo Ruffinengo), Myriam Cubelos es también una de las fundadoras de El Encuentro: La Música Argentina en Rosario, bastión que durante veinte años permitió espacios de formación, promovió el acercamiento a artistas emergentes y el rescate de grandes autoras y autores. Como Chacho Muller, esencial compositor rosarino al que llegó a considerar como un miembro más de su familia y a quien dedicó *Cielo litoral*, una de las pocas canciones a las que Cubelos consideró apropiada para sacar a la luz (y que cuenta con música de Juancho Perone, el enorme músico que es también su compañero de vida). Y si el rol autoral no es el que predomina en su vasto repertorio es porque Myriam Cubelos es una artista exigente, aún más consigo misma. Esa misma exigencia y búsqueda es la que se impregna en la selección de sus repertorios, que conforma con convicción y una mirada consciente, y militante, vinculada a la trascendencia de la cultura en tiempos oscuros.

Rodeada desde la infancia por los instrumentos que compraba su padre (bombo, violín, guitarras), obligada a estudiar piano por su madre (que “cantaba precioso”), Myriam Cubelos creció en medio de guitarreadas y aprendió a rasguear sus primeros acordes en manos de su hermana mayor. “La música estuvo en mi infancia, en ese momento era el auge del folklore, de Mercedes Sosa, del nuevo cancionero, mucha música argentina. Además mis viejos eran muy tangueros, de hecho se conocieron en una milonga en Buenos Aires. La música siempre estuvo cerca”, recuerda Cubelos sobre ese período iniciático de la vida donde se terminan forjando los destinos.

Y fue también el entorno familiar el que le marcó el rumbo universitario: “Mi cuñado era arquitecto y a mí me gustaba la arquitectura, entonces lo ayudaba. En aquel momento estudiar música no era una opción. Entré en Arquitectura, me encantó la carrera, el grupo, la gente. Después en un momento me faltaba un año para terminar y me anoté en la carrera de música, pero la secretaria académica nos convocó a los ingresantes, le comenté que estaba terminando Arquitectura y me dijo que no hiciera música, que tenía que seguir Arquitectura. Me arrepiento siempre de eso”.

Es obvio, claro, que aquella innecesaria disuasión no dejó más que un sabor a arrepentimiento para Cubelos, que lejos de resignar el rumbo artístico pronto se vio involucrada en el circuito cultural de Rosario. Porque si ya en

sus tiempos de estudiante secundaria los actos en la Dante Alighieri la encontraban como protagonista, en su periplo universitario también dio muestras de talento que la llevaron a formar parte del Conjunto Pro Musica de Rosario. La convivencia de arte y arquitectura entraría pronto en tensión.

En 1980, apenas recibida, Cubelos comenzó a trabajar en el estudio de uno de sus compañeros de carrera. Mientras tanto, su recorrido artístico ganaba reconocimiento y así surgieron más invitaciones: por un lado, a sumarse como contralto en Madrigal, el conjunto fundado en 1973 que llevaba ya dos discos publicados; y, por el otro, la propuesta de incorporarse a un proyecto teatral incipiente, del que participaría Sabatino Cacho Palma (también ex alumno de la Dante) bajo la dirección de Chiqui González. Eran días frenéticos para una joven Cubelos, que con Madrigal grabó el disco *Raíz* y que debutó como actriz y cantante en *¿Cómo te explico?*, obra para adolescentes que logró sortear los absurdos obstáculos de las ligas de la Decencia y Madres de Familia para convertirse en un hito del teatro rosarino. En la música, y en el teatro, Cubelos encontró la potencia del decir, aun en plena dictadura.

–Pasaste de actuar en actos escolares a, poco después, formar parte de Madrigal y de una obra que resultó emblemática, que marcó a una generación. ¿Cómo viviste esa situación? ¿Cómo la vivió tu familia?

–Fue todo muy vertiginoso. ¡Ensayaba todos los días! Y en mi casa lo tomaron bien. Cuando mis viejos vieron Madrigal se impactaron. Y con la obra, de la mano de Chiqui González entré en otro mundo, que no tenía en la parte de la música. Siempre estuve de los dos lados, la música y el teatro. En general en algunos momentos o estaba en una obra o estaba haciendo música. Al poco tiempo me fui a vivir sola, fue un cambio muy grande en mi vida, porque seguí haciendo arquitectura.

Ensayos, cruces, encuentros. Textos y repertorios que echaban luz en la oscuridad. El arte como acto militante en sí mismo: “En la dictadura uno encontraba las grietas por donde empezar a hacer que las cosas aparecieran, canciones, letras. Cuando cantábamos, había familiares de compañeros míos que estaban presos. Fue todo muy fuerte. Y yo nunca milité políticamente, pero sí estuve siempre de un lado. Hace algunos años, en una reunión, dije eso mismo y un hombre que estaba allí me dijo que para mucha

gente lo que nosotros hacíamos era muy importante”.

Con la recuperación democrática, las propuestas artísticas se siguieron multiplicando, hasta que la posibilidad de brindar clases de música en una escuela primaria la llevó a tomar una decisión definitiva: dejar, ahora sí, los trabajos como arquitecta para volcarse de lleno a la música, el teatro y, desde entonces, a la docencia. La lista de obras, bandas y discos es extensa en esos años 80 de recuperación de voces y derechos. Entre esa larga lista, Cubelos destaca con emoción su incursión en el universo tanguero. “Un aprendizaje muy hermoso para mí fue participar en *Vientos de la ciudad*, un espectáculo con el maestro Omar Torres, bandoneonista y gran persona –distingue–. Y luego, también, la posibilidad de trabajar como cantante junto a Tritango, con el bandoneonista Roberto Bustamante y los hermanos Raúl y Norberto Nofri. Aprendí mucho sobre interpretación gracias a este trío, y además arreglaban repertorio especialmente para mí”.

En esa segunda mitad de los 80 la faceta docente se asoció también con la posibilidad de darle lugar a la difusión de la música popular de raíz criolla, cuando fue convocada a sumarse al Plan de Coros Escolares, un proyecto de formación para docentes de las escuelas primarias de la provincia de Santa Fe. “Fue un laburo maravilloso, que empezamos a hacer en el año 87 con un grupo en el que estaban Susana Francesio, Iván Tarabelli, Juancho y Toto Meza. Empezamos a trabajar en las capacitaciones con un repertorio de todos los géneros, proponiendo herramientas para que las maestras y maestros pudieran tocar las canciones en piano o guitarra. Después hacíamos capacitaciones con ese repertorio. Fue un trabajo precioso. El repertorio lo elegíamos nosotros y el director de todo el proyecto era Hugo Vitantonio. Eso lo hicimos durante cuatro años, fue un proyecto precioso, con la edición de los cuadernos *Apuntes de maestro a maestro*, con todos los patrones rítmicos, las formas de tocar. Grabamos ese material y durante muchísimo tiempo los profesores daban clase con ese material”.

En esos años, y convocada por Chiqui González y Miguel Palma, la cantante se sumó también a la Escuela Provincial de Teatro, que la tuvo entre su cuerpo docente durante 36 años, hasta su jubilación. Los talleres de canto en el Centro de Expresiones Contemporáneas de la Municipalidad fueron también un bastión desde el cual no sólo compartió conocimientos, sino que permitió el encuentro para la gestación de numerosos proyectos vinculados con el canto popular. La docencia y la difusión, una vez más, unificadas.

En su faceta artística, la llegada de una nueva década consolidó su camino solista: en 1990, y como resultado de un concurso provincial, se publicó *Myriam Cubelos y 4 Esquinas*, que grabó junto a Gustavo Marozzi, Charly Pagura, Martín Sosa y Juancho Perone. “Ya desde 1990 en adelante, siempre interpreté música de raíz criolla, de intérpretes contemporáneos –recuerda–. Así comencé a trabajar con Chacho Muller, que me invitaba a cantar, junto a Vilma Salinas, y hacíamos sus hermosas canciones. Chacho fue un maestro muy importante para mí, que se transformó en nuestra familia, y con quien compartimos mucho tiempo amoroso juntos. Me parece que los artistas rosarinos que conocimos a Chacho tenemos la obligación, si nos gusta su música, de difundirla. En mi caso, la música de Chacho está en todos mis discos”.

Los discos a los que alude la artista son, todos, destacados: en 1997 publicó *Aroma de leña verde* (ganador del concurso de Coproducciones de la Editorial Municipal de Rosario), junto a Martín Sosa y con una lista de invitados que incluye a Jorge Fandermole, Ana Suñé, Mario Hugo Sosa, Madrigal, Carlos Negro Aguirre y Adrián Barbet; en 2001 fue el turno de *Eco de ausencia*, a través de Shagrada Medra (el sello del Negro Aguirre) con arreglos de Mariano Braun; en 2004 se lanzó *Almas en vuelo*, posibilitado por el primer premio logrado en el concurso nacional del Consejo Federal de Inversiones (CFI), y que grabó junto a Guillermo Rizzotto, Marcelo Stenta y Juancho Perone. Diez años más tarde grabó *Abrazos*, registrado en vivo en Sala Lavardén, con una lista de acompañantes notables: Iván Tarabelli, Silvana Grosso, Leandro Masseroni, Marcelo Stenta, Juancho Perone, Magui Perone, Pablo Perone, Omar Gómez, Mono Izarrualde, Martín Sosa, Agustín Cassenove y Analía Garcetti. “Es un disco especial para mí, no solo porque fue grabado en vivo, sino porque cantaron dos de mis hijos allí”, distingue Cubelos sobre el que es, hasta el momento, su último disco solista: en 2017 grabó *Cantan las mujeres que cantan* junto a sus compañeras de Agualuna (María Eugenia Vadalá y Silvana Grosso, con un repertorio de compositoras mujeres).

Y si bien los proyectos grupales continuaron, el formato de disco ya no es un anhelo. Así lo entiende Cubelos, que junto a Alejandra Zambrini y la directora Ofelia Castillo dio forma a la obra *Siempre vivas*, proyecto teatral-musical que en 2022 les valió el Premio Hugo a Mejor Espectáculo Musical, pero cuya banda sonora no tendrá edición física: “Con *Siempre vivas* grabamos algunos temas de la obra y están en todas las plataformas. Por supuesto funcionan

para la difusión, para la prensa, pero para el músico el tema del disco funciona cada vez menos. Está todo hecho para que uno trabaje para el otro, para las plataformas. Salvo que se nos ocurra grabar solo para tenerlo grabado, pero por ahora no me entusiasma. Veo a esto como una gran *impasse*, como una pausa de barajar y dar de nuevo. Calculo que a partir del año que viene se nos van a ocurrir más cosas, pero este año estamos aplastados por esta situación histórica tremenda que estamos pasando. Para mi generación, que vivió tantas dictaduras, no se puede creer que en este momento estemos escuchando y viendo lo que vemos, con una naturalización de la violencia, del odio... es muy fuerte.

—En ese marco, ¿el arte tiene un compromiso?

—Siempre lo tuvo y siempre lo va a tener. Incluso sin que te des cuenta. Pero hay otra cosa en el arte que me hace ruido, que es cuando replica lo mismo que sucede. Eso no funciona, el arte tiene que ir por otro lado, no replicando o mostrando más de lo mismo, porque la gente ya lo está viendo. Por eso pienso que es una pausa para pensar desde qué lugar vamos a volver a arrancar. Un poco *Siempre vivas* tiene que ver con eso: cuando hay cada vez más muertes de mujeres, nosotras queremos mostrar otro camino, revalorizar a nuestras ancestras, hablar sobre las mujeres que siguen trabajando y están invisibilizadas. Queremos ir por ese camino. Por eso en este momento ni los políticos, ni las instituciones, saben por dónde ir. Todo el mundo está mirando cómo llegamos hasta acá, pedaleando en el aire. Es una *impasse* donde todos vamos a tener que barajar y dar de nuevo, en el arte, en la música, pero también en la política y en la sociedad. Yo hace treinta años que vivo en el mismo lugar y pasan cosas que me hacen desconocer a mi barrio.

—Como docente tuviste la posibilidad de desarrollar programas de estudio y formación, donde más allá de la enseñanza de una técnica impulsaste un acercamiento a músicas populares. ¿Siempre estuvo presente esa búsqueda?

—Sí, siempre estuve orientada a ese lugar. Cuando hacíamos la capacitación, tanto en las escuelas primarias a fines de los 80, como en otras que alrededor de 2004 hicimos con Juancho y Fander (impulsadas por la Nación, para trabajar repertorios argentinos y latinoamericanos), vimos que los profesores salían de los institutos sin conocer esas músicas. El Encuentro surge también por eso, porque

no hay lugares para la música que nosotros hacemos, que tiene que ver con nuestros géneros y que no tiene oportunidades. Algunos proyectos que hacen eso después se dedican a lo comercial, lo abandonan. Eso es muy triste. Hicimos veinte ediciones del Encuentro. Pero uno se va cansando. Las dos patas que siempre tuvo el Encuentro fueron los talleres y además mostrar a músicos jóvenes y también a los maestros. En el año 2018 ya se empezó a hacer más difícil llevar gente al Encuentro. Después vino la



pandemia. Entonces se nos ocurrió ir a la Universidad, a la Facultad de Música, a hacer charlas explicando lo que es el Encuentro, que hacíamos con Juancho, con Martín Neri, con Irene Rodríguez. El único lugar donde se entiende de qué va, por dónde viene la idea del Encuentro, es en el Instituto de Danzas Isabel Taboga, donde es tremendo lo que conocen y saben de música. A partir de eso empezaron a acercarse muchos pibes. En el 2015 Juancho entró por concurso en la Facultad y a partir de eso empezó su

militancia para generar cosas, no solamente desde su materia, sino junto a otras materias. Pensamos qué se podía hacer para que la Facultad generara algo vinculado a la música popular. Junto con Fander, que acompañó el proyecto, fuimos a hablar con el rector de Humanidades, pero nos dijeron que estaba muy difícil, porque no había horas disponibles. Entonces teníamos los talleres del Encuentro y empezamos a ver la posibilidad de armar una diplomatura, pero que además de ser paga, tiene una cantidad de

Sebastián Vargas



horas limitada, entonces lo que queríamos dar no entraba ahí. Armamos los proyectos, pero nos los rebotaban. En la Facultad hay tecnicaturas, pero no de Música Popular. Y, bueno, llega un momento en que le sacás el cuerpo.

–Además, los contextos son cada vez menos auspiciosos...

–Yo confío en que haya gente que pueda hacerlo, incluso dentro de la misma facultad, donde hay gente muy piola, muy interesante. Confío en que puedan hacerlo. Se necesita gente que entienda la importancia de nuestra música, de nuestra identidad, de nuestros géneros. Es soberanía. Mucha gente se enojaba porque el Encuentro tenía el apoyo municipal y provincial, pero era necesario para poder pagarles a los músicos. Quienes organizamos nunca cobramos nada, salvo cuando actuábamos. El Encuentro terminó el año pasado y este año anunciamos que no va a continuar. Estamos en una situación muy difícil para poder sostener un grupo. Porque la situación económica siempre estuvo dura, y ahora más. Y nosotros estamos más grandes, no se renovó el grupo de organización, éramos muy poquitos. Fueron veinte años de organización del Encuentro.

Pese a ese punto final comprensible pero inesperado, el Encuentro dejó una huella imborrable. Sin embargo, Cubelos advierte: “Creo que el alcance del Encuentro, su importancia, en general se logró más con músicos de otras provincias que de acá, donde sí se valoraron mucho los talleres. Hay gente que reconoce que se formó más en música popular en los talleres del Encuentro que en la facultad. Pero en relación a los conciertos, ¿cuántos artistas pasaron por acá en el Encuentro durante veinte años? Y nosotros casi ni tocamos porque no nos daba el tiempo, pero había gente que se enojaba porque decía que no la llamábamos para tocar. Eso me dio bastante rabia. Como también que no haya habido ningún lugar con cuatro o cinco locos, como nosotros, armando una movida como esta en otro lugar de Argentina. Hay que armar proyectos e insistir. Pero si ni siquiera armás el proyecto para que te digan que no... Hay, sí, personas que buscan generar espacios por fuera de las instituciones, a menor escala, pero un músico no puede pagarse el pasaje, la comida y la estadía para poder tocar en un encuentro. Entonces, o tenés esa cosa del músico que autogestiona encuentros o tenés a Cosquín y esos grandes festivales. Nosotros construimos una alternativa, pero es duro que no haya alternativas en ningún otro lado. Organizar el Encuentro fue muy difícil, demandó mucho tiempo, implicaba sacarle tiempo a tu propio trabajo.

Ya jubilada como docente, y sin la presión de afrontar la organización de un nuevo Encuentro, Cubelos planifica ahora los pasos a seguir con *Siempre vivas* y anhela retomar proyectos junto al guitarrista Marcelo Stenta. “Y tengo ganas de hacer algo relacionado con lo teatral pero más pequeño. Me siento con energía para seguir trabajando, pero creo que toda la energía que puse en el Encuentro fue demasiada, ahora necesitaría encauzarla hacia otro lado”, reflexiona.

–En relación a tu rol autoral, que comparativamente con todas tus otras facetas artísticas tiene menos presencia, ¿qué cosas te motivan a crear una obra propia?

–Respecto a la composición, no tengo el oficio de componer. Alguna vez me pondré a trabajar sobre el oficio, cuando sea grande (ríe). En mi caso la música siempre la pone otro u otra y yo escribo letras, que siempre son circunstanciales. En el caso de la canción *Cielo litoral* fue un sueño que tuve: estuve muy mal después de que murió Chacho, muchos meses, no me entraba en la cabeza que no estuviera. Pasaron unos seis meses más o menos y un día lo soñé. En el sueño me decía que estaba bien, estaba feliz, “estoy leyendo, hasta puedo componer”, decía. Me desperté distinta y me salió esa letra como un homenaje a toda su obra, me salió de corrido, sin mucho trabajo posterior, y después Juancho le puso una música preciosa. Después hay otras canciones con letras mías, *Como si nada*, también con música de Juancho y que escribí para la época de Cromañón, es un gato que retomamos con Agualuna. Y *Copla para Santiago* se la hice a mi hijo mayor, que en su adolescencia no fue fácil, como ninguna adolescencia, y la música la hizo Lilián Saba. Pero son todas cosas circunstanciales. Tengo muchas cosas escritas, algunas las di para que les pongan música y otras están guardadas. Me cuesta mucho darles forma, o creer que pueden ser una canción.

–Y como intérprete, ¿qué obras te conmueven? ¿Qué te atrapa de una composición al momento de elegir interpretarla?

–En general las obras que me conmueven siempre tienen que ver con una comunión de música y letra, pero siempre primero va la letra. Si el texto es excelente pero la música no acompaña me cuesta más. Generalmente me doy cuenta de que elijo las obras si tienen que ver con lo que yo diría, con lo que tengo ganas de decir.

Alejandro Lamas



EL LUMIÈRE

La perla resistente de los viejos cines de barrio

Por Leandro Arteaga

Un caso de resistencia

En octubre próximo, Cine Lumière será sede principal del Festival de Cine Latinoamericano. Un mérito compartido: el del festival, porque había sido discontinuado; y el de la sala, por situarse de manera preferencial en la agenda cultural. Esto es así porque en las paredes históricas del Lumière, que lo recuerdan como el último cine de barrio de la ciudad, funciona hoy Punto Audiovisual, el organismo municipal surgido de la fusión de dos equipos de trabajo: el del Centro Audiovisual Rosario y el del Centro Cultural Cine Lumière.

Alquilado su inmueble por la Municipalidad en 1993, la sala del Cine Lumière pudo seguir adelante y de una manera consecuente con su historia; una historia que se reparte entre

el esplendor de las salas de cine —hacia 1950, Rosario contó con 49 salas en funcionamiento— y su desempeño actual, a cargo de las distintas gestiones municipales. Por otro lado, sus habituales funciones —de jueves a domingo, con entrada libre y gratuita— hacen del Lumière un caso de resistencia particular: haber logrado persistir como cine significa no haber caído bajo los escombros con los que se erigieron edificios, templos y supermercados.

Según las investigaciones de Sidney Paraliu —en su fundamental *Los cines de Rosario. Ayer y hoy* (Fundación Ross, 2000)—, en marzo de 1896 y apenas tres meses después de la primera exhibición de los hermanos Auguste y Louis Lumière en el Grand Café de París, en la carpa del circo

Frank Brown, cerca del cruce Alberdi, ocurrió la primera proyección pública en Argentina. Todavía más: en diciembre de 1898 se inauguró en Rosario el Cinematógrafo Lumière, la primera sala de cine del país, con funciones en calle Rioja 1151. Que aquella sala tuviese el nombre (o apellido) de los padres del cine no solo ejemplifica un homenaje a quienes proyectaron por primera vez imágenes en movimiento sobre una sábana, sino que predijo con su nombre al de la sala ubicada en Barrio Industrial. Entre aquellos comienzos y estos tiempos se dibuja un círculo de luz *lumeriana*.

Un sueño de a dos

En ese entonces y con una población de medio millón de habitantes, Rosario vendía anualmente ocho millones

de entradas; las salas de cine, como en toda ciudad moderna, eran parte constitutiva del entretenimiento ciudadano. Pero el caso del Lumière imbrica otras cuestiones, todas ligadas. La sala situada en Vélez Sarsfield 1027 funcionaba originalmente como el salón de fiestas de la mutual de Socorros Mutuos; es decir, en su pasado está la impronta popular, la de los trabajadores organizados. Allí mismo, donde se celebraba y bailaba, en fiestas o casamientos, luego se verían películas. Del ritual del festejo a las historias compartidas: entre una y otra modalidad, se entretajan los lazos simbólicos de una comunidad.

Su reformulación como sala de cine estuvo ligada a una situación económica delicada, que llevó a la Asociación de Socorros Mutuos a tomar esta decisión. En su adecuación como cine intervinieron, de manera activa y acompañando a la sala a lo largo de toda su historia, Modesto Bou y Manuel Rey. Los dos ya sabían del rubro y compartían experiencias, sea desde la tarea como operadores de cine -en el Rex y en el Ópera- o en la gestión ante las distribuidoras, para tener acceso a las películas. Contaban, además, con un buen ejemplo previo, como el del Cine Moderno, en Gálvez. De esta manera, Rey y Bou amueblaron la sala, la acondicionaron técnicamente, e instalaron los equipos de proyección.

La inauguración del Cine Lumière fue el 15 de agosto de 1959. Según Paralieu, la sala abrió sus puertas con el siguiente programa: “*Suiza* (variedad); *Clamor de venganza*, con Peter Finch, y el logrado dibujo de largometraje realizado por Walt Disney, *La dama y el vagabundo*”. De manera acorde con esos años, el Lumière ofrecía películas en continuado, y también dibujos animados; con una capacidad

para 450 espectadores y una localización geográfica que le hizo disputar preferencias con otras salas, como el Ópera y el Roca.

El nombre del cine, como se señaló, tiene filiación lógica por cinéfila; pero lo cierto también es que responde a las vivencias de Modesto Bou, hijo de catalanes, quien siendo niño volvió a Barcelona para compartir un tiempo con su familia; fue en el mismo barrio donde vivían en el que conoció un cine con este nombre: Lumière. La anécdota la supo referir Mario Ghione: “Y por eso se dio el gusto de cumplir el sueño de la infancia”. Por otro lado, y de acuerdo con Daniel Greco, Manuel Rey supo recordar cuando, hacia 1929 o 1930, “había visto *La gran jornada*, al aire libre, con pantalla de chapa y sonido de disco de pasta Vitaphone”. Uno y otro llevaban al cine dentro suyo, una simbiosis que difícilmente pueda entenderse desde los tiempos actuales, otros y distintos.

En ese sentido, bien puede decirse que Cine Lumière es la perla resistente de los viejos cines de barrio. La definición no es antojadiza sino adecuada, por histórica, conforme a la división que entre las salas céntricas y las barriales tuvo la ciudad. En estas últimas, los programas incluían los títulos que en el centro ya se habían proyectado, en una dinámica que irradiaba a todos por igual. Si la película llegaría al barrio, ¿para qué ir al centro?

Lo que llama la atención, en primera instancia, es la permanencia del Lumière, ya que persistirá hasta 1992, cuando ya eran muchos los cines que habían perecido. Hacia los años 90, el proyecto neoliberal tuvo su esplendor con el menemismo, traducido -entre otras cosas- en el cierre de los espacios de encuentro y en la parálisis del desarrollo industrial. Las salas de cine,

de esta manera, comenzaron a ser reemplazadas, desde una lógica nada casual, por emprendimientos a tono con los nuevos tiempos: comerciales o religiosos.

Más allá de estos análisis, el logro de esta permanencia se debió a la tarea mancomunada de Modesto Bou y Manuel Rey. Si bien la sala cerraría hacia fines de 1992 -la última proyección, informa Paralieu, estuvo integrada por *Mi primer beso* y *El príncipe de las mareas*-, meses después la Municipalidad de Rosario comenzaría a alquilar el inmueble, cuya reapertura tendría lugar en julio de 1993. A partir de allí, la historia pasó a ser otra.

Construir la cultura popular

La nueva etapa reconvirtió al Lumière en Centro Cultural. A partir de la gestión municipal la proyección de películas tuvo complemento con otras actividades, como talleres, exposiciones y convocatorias a nuevos públicos, además de sostener al inmueble desde su legado histórico. Modesto Bou y Manuel Rey fueron parte de la experiencia. Como supo decir Silvana Schulze, una de las directoras de la entidad -así como también lo fueron, entre otros, Mario Ghione, Sol Dorigo y actualmente Mauro Boggino-, “se puede decir que ellos fueron los gestores de la reconversión del Lumière, como una manera de permanencia, transformándolo en un centro cultural” (*El Ciudadano & la región*, 04/07/2014).

En 2013, y en el marco de uno de los varios homenajes al Lumière, Silvana Schulze junto con Mario De Santis, Ana Idígoras y Guillermo Turin realizaron el mediodimetrage *Función en continuado*, a partir de testimonios de vecinos, trabajadores y familiares, en relación al lugar no

¿Y EL IMPERIAL? ¿Y EL DIANA?

Hay otros dos cines que todavía irradian posibilidades de resurgir. Del Imperial –Corrientes casi esquina Tucumán– parece que solo queda su imponente fachada, aun cuando el año pasado se activara una iniciativa por parte de la entonces diputada provincial Mónica Peralta (actual subsecretaria de Cambio Climático del Ministerio de Ambiente). Su proyecto de expropiación reunió adhesiones y la participación de vecinos, docentes, periodistas y cinéfilos. Peralta, de hecho, fue parte del proyecto que significó la expropiación de Cine El Cairo, durante el gobierno de Binner en 2008, a partir de la tarea inicial de un grupo ciudadano autoconvocado. Según el libro de Paraliu, “el nuevo Cine Imperial presentaba un lujoso hall con dos escaleras laterales que conducían a la platea alta y un sobrio interior que ofrecía una capacidad para 949 espectadores (...) Fue el primer cine en Rosario que tuvo refrigeración (...) Cabe señalar que el aspecto arquitectónico del Imperial, característico de los años treinta, y sus notorias programaciones, le otorgaban un atractivo particular que perdura en el recuerdo. Realizó su última función el día 2 de diciembre de 1987, proyectando *Asesinato en Hollywood*, interpretada por James Garner. Cerró el 3 de diciembre de 1987, desapareciendo así una de las salas más clásicas y tradicionales de nuestra ciudad”.

Situado en el barrio Saladillo, el Diana (Lituania 101) fue inaugurado el 13 de mayo de 1943, con funciones hasta 1972. Como destaca Paraliu, “conformó parte del folklore de ese particular sector sur de nuestra ciudad, junto con los Baños del Saladillo, Sindicato de la Carne, Monumento a Eva Perón y Frigorífico Swift”. Luego del cierre tuvo otros usos comerciales hasta 2013, cuando comenzó a funcionar como centro comercial a partir de un proyecto del Instituto Nacional de Cine y Artes Audiovisuales, dedicado a la reapertura de cines barriales. La pandemia lo puso en jaque y las actividades se descontinuaron, sirviendo luego como depósito de una verdulería. Actualmente, en la comisión de Cultura del Concejo Municipal se trabaja sobre un proyecto presentado por María Fernanda Rey (PJ). Según éste, “preservar el cine Diana no solo implica conservar un lugar de encuentro y entretenimiento, sino también proteger un patrimonio cultural que ha contribuido al enriquecimiento artístico y social de Rosario”.

solo histórico sino emotivo que la sala ocupa en la vida rosarina. Al repasar las redes y sus comentarios sobre este y otros festejos, se descubre un mundo de afecto: “Manuel y su hija Norita eran para mí familia, fue una etapa hermosísima de trabajo y verdadera amistad, como nunca más hubo, siempre en mi corazón, Manuel y Modesto”; “Rey... un tipo genial. Lo ofrecía todo. Muy generoso y maestro

del arte del cine, mucho más allá de ser ese proyectorista que conocimos. Vivirán por siempre su acto y su ser”; “Mi papá (tiene 80 años) siempre me cuenta que participó con mi abuelo y un tío (cuñado de mi abuelo) en las reformas para que el predio de Socorros Mutuos se transformara en cine Lumière. También recuerda gratamente a Manuel Rey y Modesto Bou”; “Gracias Manuel Rey!!! Aquí nació el

amor mío por el Cine... Nacieron los sueños; las pasiones de ser Artista; el interés por lo dramático; por la luz clara que existía en este cajón bajo; el cuadro de luz que iluminaba hasta mi espíritu entero!!!”.

Entre los comentarios, destaca el de Santiago Bautista Goletto: “A los 16 años de mi vida tuve la suerte de conocer a estas dos queridas personas, Manuel Rey me enseñó el oficio de proyectorista o proyccionista. Le agradezco siempre porque es mi pasión y pude trabajar toda mi vida en diferentes lugares, siempre gracias al cine y al Lumière que fue mi escuela. Cine que llevo en mi corazón”. En su canal de YouTube, Goletto comparte un video del 28 de diciembre de 1995, es decir, la fecha del centenario del cine, celebrada en el Lumière. Su cámara registró a Manuel Rey y a Modesto Bou, evidentemente emocionados, recibiendo el reconocimiento del Estado municipal; la comunidad barrial llenó la sala y su habitación contigua, de paredes cubiertas por una muestra fotográfica. La cámara atenta de Goletto –menos mal que existen devotos como él– registró las palabras de bienvenida: “Les hago llegar mis más sinceros deseos de felicidad para este fin de año, y ojalá que el próximo estemos juntos, para seguir participando activamente en la construcción de nuestra cultura popular, especialmente en este barrio, que ha podido conservar un espacio tan importante y tan ligado a nuestra identidad rosarina. Queremos seguir trabajando desde la Municipalidad de Rosario, junto a los vecinos, creando nuevos canales de participación democrática. Al cumplirse un siglo de esta expresión artística, los saludos a todos con un fuerte abrazo. Dr. Hermes Binner, intendente de Rosario”



La casa de calle Moreno

Por **Sebastián Riestra**

A Fernando Spinassi

La casa de calle Moreno
 tenía un patio, un piano y una mesa
 de pimpón donde Tucho, Jorge
 y Cacho intercambiaban poderosos
drives y reveses sutilísimos. La casa
 de calle Moreno
 parecía abrazar al que entraba: la reina
 Ilda, de sonrisa
 discreta, ofrecía mates dulces
 y Roberto, cigarrillo
 entre los labios, escanciaba
 ginebra en vasitos
 de vidrio. Se hablaba
 – ¡y cuánto!, ¡y cómo! –: altas
 madrugadas de diálogo profundo conoció
 aquel patio, siempre fresco
 y gentil en los veranos. Pero después
 se dejaba de charlar
 y surgía la música: zambas,
 milongas, chacareras, gatos
 y tangos de mi flor, ejecutados
 con sobria maestría
 en el teclado blanquinegro. Se
 sentaba Tucho; se sentaba
 Chacho; se sentaba
 Roberto; se sentaba
 Hugo; se sentaba
 la Nena. Y hasta un juvenil
 Eduardo arremetía
 con irreverencia
 adolescente. Jorge,
 mientras tanto, reflexionaba
 en voz alta. La casa
 era así, puro corazón, palabra
 sabia. Tucho lo sabía

bien y se reía
 al ver a los caballos
 de plomo galopar
 sobre el tablero de cartón
 al compás de la danza
 de los dados: la yegüita
 Pinky era su esperanza, aunque
 no le bastara el trago
 de alcohol para alcanzar
 la meta luminosa. ¡Y Flanblandito,
 país de los poetas! (Comocundo
 era el río, Tanquieto
 el lago y Papaplá
 los toboganes. Los indios
 Chequechicos
 acechaban tras los maceteros. Y el mar
 brillaba en las playas
 de Sansalgán). La casa
 de calle Moreno era un refugio
 del mundo y era el mundo
 a la vez en su versión
 más dulce. Roberto
 y Tucho y Cacho y Jorge
 y Chacho y Hugo y esa suave
 reina que era Ilda y el sonido
 azul del piano y tanto vino
 que hermanaba las almas y los sueños
 y el amor y la amistad, todo se ha ido
 y también se fue la casa
 y nosotros, sin duda, nos iremos, pero
 la muerte no podrá con la memoria
 de aquello que fue dado como luz
 y como luz regresa en la leyenda
 de la casa de calle Moreno.

75 Y

MAY

Visto & Oído

Por Juan Aguzzi

CHAMÁN / DISCO

De algunos instrumentos se ha escuchado decir que son nobles, pero en realidad la acepción corresponde más al ejecutante, que es quien hará que el sonido desplegado introduzca esa sensación, la de la nobleza, en los oídos de quienes escuchan. Es decir, esa cualidad, que podría ser el timbre y que permite diferenciar un instrumento de otro, es lo que llega al escucha de una determinada manera, es la expresión que ese timbre adquiere a través de su ejecución lo que lo vuelve, en todo caso, entrañable. Es lo que sucede con Thitto Amantte y su acordeón, en su particular nobleza para asumir las posibilidades del instrumento y el reconocimiento explícito de las variables que prodiga, por ejemplo y entre otros, Raúl Barboza, a quien dedica *Chamán*, su flamante y estupendo disco, donde despliega una memoria nostálgica de sonidos que ligan el hábitat litoraleño con paisajes más experimentales, consiguiendo al mismo tiempo una pátina de autenticidad y una lógica identitaria encomiables. Esto se pone de relieve cuando Amantte hace propios algunos temas de otros compositores como *El último Cachapé*, de Adolfo Barboza y Heraclio Pérez, al que interioriza a través de su voz; *Granja San Antonio*, de Antonio Tarragó Ros; la ranchera *La mentirosa*, del compositor y bandoneonista Rafael Rossi; el clásico *Allá por Monte Caseros*, de Raúl Barbosa y Dante Gilardoni; el inoxidable *Puente Pexoa*, de Tránsito Cocomarola, y *Kilómetro 11*, la perla del cancionero guaraní, de Constante José Aguer, a los que viste armónicamente a partir de una rítmica íntima, cautivado por los secretos que guardan las melodías y que el intérprete hace suyos. En su conjunto *Chamán* parece hilado por contextos que reviven espacios y tiempos impregnados de aires litoraleños, pero también de una reverberación de sonidos que produce la sensación de un viaje atávico, como ocurre en el tema que da título al disco, o de un precioso souvenir de tradición francesa, como desprende en su inicio *Anvers*, para luego fluir con calidez hacia los meandros de la tierra roja y la sofisticación selvática. Thitto Amantte es oriundo de Bigand y anduvo por tierras europeas tocando las fibras de ese universo conocido como chamamé; aunque afincado desde siempre en la prédica barrial, la del interior pro-



vinciano, creció atento a la emoción y el sentimiento que le despertaba el instrumento y a las buenas maneras de tejer la amistad, a todo lo que provee la raigambre popular, y no otra cosa es lo que comunica *Chamán*, donde sin apartarse de lo esencial del género el acordeonista busca otras gramáticas sonoras en un ejercicio de técnica impecable, conjugando texturas en un viaje pasional que resulta difícil abandonar. En la caligrafía de estos tapices chamameceros, a la voz, guitarra y acordeón de Amantte los acompañan Nardo González en guitarra, Iván Roy Valenzuela en contrabajo y Sebastián Martínez. Y Carolina González en violonchelo; Silvio Maximiliano Rodríguez en violín; Matías Galasso en piano y Rhodes; Raúl Dibene en guitarra, y Marcos Montes en bandoneón y guitarra, hicieron lo suyo como músicos invitados.

22 DE AGOSTO / TEATRO

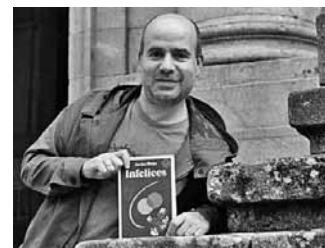
Con un punto de partida privilegiado, y a la vez con un efectivo poder para asociar cruzamientos y nudos, distancias y territorios, un actor apela a la esencia comunitaria del teatro con la intención, desde su cuerpo viviente sobre el escenario, de transmitir una experiencia intelectual y política con un faro que es una fecha, 22 de agosto, cuya resonancia atraviesa la muerte de Miguel, el hermano del poeta César Vallejo (22 de agosto de 1915); el crimen colectivo conocido como la Masacre de Trelew (22 de agosto de 1972), donde asesinan a presos políticos desarmados; el estreno de *Cómo te explico* (22 de agosto de 1980), una puesta dirigida a adolescentes con un protagonista mudo en un país de muerte, desapariciones, cárcel y exilio. Y ese mismo actor, que tenía 22 años cuando protagonizaba esa obra, y su hijo ahora, también de 22, que lo acompaña en esta puesta que justamente lleva por nombre *22 de agosto*. Ese actor es Sabatino Cacho Palma, quien opera sobre las implicancias de esos hechos para mensurar su dimensión y el daño que produjeron sobre el cuerpo colectivo. Lo hace a partir de una puesta despojada, con solo algunos artilugios o dispositivos escénicos entre los cuales se mueve con determinación irreductible en un ejercicio de dolorosa memoria. En eficaces dosis de vitalidad y potencia se van desplegando imágenes, recuerdos, escenas, donde la finalidad de la performance parece ser apropiarse de los sucesos de la "historia" narrada porque son parte constitutiva de la propia historia. Y es en este sentido que la intensidad de lo dicho y la energía puesta en la acción por Palma (que aquí deja la dirección para volver a actuar) permiten transmitir



una forma de conciencia, pero no como búsqueda de efecto, sino para que sea percibido y comprendido lo que él mismo ha puesto en su dramaturgia, es decir, imagen y asociación sobre lo que se ha vivido, leído, soñado, se trate de estructuras de sujeción, de ilusiones perdidas sobre la justicia entre los hombres y mujeres o del cauce que el propio teatro como expresión artística puede abrir al señalar, a veces, la latente posibilidad de emancipación. En esa ficción representada en *22 de agosto*, un actor y un técnico –un rol en que se mueve cómodo Lautaro Palma, hijo de Sabatino– plantean un ensayo libre, ante los espectadores que allí llegaron, sobre una obra a la que quizás el estreno le sea esquivo. El relato narrado en primera persona no busca complacerse en la pasividad de la escucha sino sortear cualquier prejuicio o ignorancia sobre hechos conmovedores. El recuerdo esgrimido por el actor en su paso por el colegio secundario Dante Alighieri, con un torrente de alumnos saliendo a la calle apenas enterados de la masacre de Trelew, pone en evidencia la capacidad de los anónimos, o del ánimo popular, sería mejor, para igualar a una comunidad en el espanto. Del mismo modo, fragmentos de la carta de (Franz) Kafka a su padre, instancias de un internado psiquiátrico llamado César que escribió un sentido poema pero que luego se descubre que pertenecía a Vallejo –una continuidad en la deslumbrante concatenación de asociaciones– y el inminente cierre de una sala teatral (la obra se estrenó en Arteón y refiere directamente al cierre real de la sala) como excusa para que actor y técnico desanden pasajes de la obra que vienen ensayando, establecen una lúdica donde predomina una reapropiación de esas pérdidas en pos de descubrir sus razones o la verdad escondida tras ellas. Los espacios teatrales de Arteón y Discepolín funcionan aquí como vectores de la propuesta política de estas escenas, porque representaron espacios de resistencia y de formas divergentes para sostener el poder subversivo de lo artístico. Y Palma vuelve a politizar esas prácticas a partir de configurar un terreno fértil –situado un 22 de agosto como disparador elegido– para bucear sobre la relación entre arte y política, confiando en la eficacia del primero para poner en evidencia los estigmas de la indignación, enlazados en el flujo entre lo individual y lo colectivo e involucrados en esta rememoración de hechos reales y sensibles dispuestos por la voluntad de un actor (y autor), pues sin ellos, se hace explícito, no hay obra, ni siquiera ensayo. Protagonizan Sabatino Cacho Palma y Lautaro Palma, bajo la dirección de Alejandro Casavalle; la realización artística y puesta en escena se completa con Néstor Aliani (también a cargo de la escenografía), bajo la supervisión general de Néstor Zapata. El vestuario y arte es de Lorena Salvaggio, el trabajo vocal y laboratorio de la voz, de Temis Parola, y el rodaje, edición y realización del material audiovisual, de Juan Carlos Frillocchi.

GRANDES INFELICES / PODCAST

En esta época en la que proliferan los podcast, la oferta de propuestas se hace cuantiosa. Pero como ocurre en el vasto universo de la



web, hay de todo en la viña virtual y este formato, ya no novedoso, ofrece también vanas representaciones, pero al mismo tiempo, si se navega con dedicación y con la brújula orientada, pueden hallarse algunas perlas cuidadosamente cultivadas. Es lo que pasa con *Grandes infelices*, que lleva adelante el periodista y escritor español Javier Peña, quien recorre vida y obra de reconocidos escritores y escritoras universales a partir de una obra elegida de esos autorxs. Habitualmente, el libro en cuestión es uno de los más festejados o aquel por la que se lo situaría en algún parnaso literario y, en no pocas oportunidades, por el que se fijarían en alguna eternidad. Con dicción precisa y cadencia sugestiva de lectura, lo que en realidad Peña cuenta es la serie de desgracias que al escritor o escritora del caso les tocó en vida, buena parte de las cuales se enlazan indefectiblemente con su narrativa, ya se trate de novelas, relatos o poemas, y suelen ser la materia palpable con que la imaginación de cada uno de ellxs trabajó. Así, en las temporadas que se van presentando Peña aborda títulos de autorxs como Roberto Bolaño, Juan Rulfo, Sylvia Plath, Virginia Woolf, Kurt Vonnegut, Patricia Highsmith, Harper Lee, Georges Perec, Lucia Berlin, Marguerite Duras, Joan Didion hasta la recientemente fallecida Alice Munro y que, como surgirá de esos relatos –porque lo que Peña hace es contar y no otra cosa– fueron de alguna u otra manera “grandes infelices”. En un mismo audio además, en el que se visita una de esas vidas, se suceden casi en forma de apartados o epígrafes ciertas recomendaciones o sugerencias de otros escritores en cuanto a qué observar si se decide realmente dedicarse a la escritura. Con sagacidad y conocimiento del asunto, la voz del periodista señala las abundantes coincidencias entre vidas reales y ficticias, pero también las prolíficas contradicciones entre los pliegues de esas dimensiones, lo que vuelve a los autorxs demasiado humanos, en la línea de cualquiera que escuche, aun tratándose de algunos de los que escribieron obras señeras de la literatura universal.



Gentileza Nico Empático

NUEVOS REFUGIOS

Cultura a los cuatro vientos

Una encantadora casa de Rodríguez al 700 cobija un espacio de alta originalidad, destinado a impulsar la creación artística y el debate en torno de la ciudad. Un recorrido lúcido a través de un territorio sostenido por el esfuerzo privado

Por **Beatriz Vignoli**

Afuera llueve. Eso quiere decir que hay una casa. La casa queda en Rodríguez 721 y perteneció originalmente a Eduardo Alberto y a Delia Lucía Santamaría. La fachada, modernista con influencia *art déco*, se espeja con la casa de al lado. El hermoso balcón racionalista imita la borda de un barco: algo muy en boga en Rosario allá por 1939, cuando aquellos primeros dueños obtuvieron el final de obra. La sobria señalización incluye un cartel que se tiene

en pie sobre la vereda lustrada por la garúa y el cuidado.

El cartel anuncia un bar que da la bienvenida a las charlas de café. Entro a un ámbito doméstico, un interior con plantas selváticas. Piso un felpudo. Una misma luz filtrada de día nublado brilla sobre las maderas oscuras originales lustradas y en otras más nuevas, claras, más mate. Adentro oigo que explican, a cada recién llegado: “No es solo un bar. Es un centro cultural con espacio de bar”. El cuerpo pide combustible. Me dirijo al bar.

Sigo las prolijas señales. Y siento la sorpresa. Soy

como el astronauta de *2001 Odisea del espacio* cuando llega a un lugar limpio y bien iluminado en un siglo futuro. Paso del siglo veinte al siglo veintiuno de las películas de Stanley Kubrick. Me quedo en una luz perfecta de pintura holandesa, mirando la clara armonía entre el selecto mobiliario de la casa Darkhaus, las luminarias obra de Cristian Mohaded y el diseño integral de Estudio Altillo. El agua mineral sale purificada de unas canillas y se envasa ahí mismo a la vista en vidrio, gesto de reciclaje a tono con la propuesta. Contemplo desde mi mesa el jardín del fondo –un fragmento del patio de tierra original– en las pausas de la experiencia estética multisensorial creada por el arte culinario vanguardista del chef Toto Pagura.

La pera del postre pide foto, lo mismo que el café y su corazón de leche. Entra un señor mayor que parece ser del barrio. Trae lo que ya es un ritual establecido: café para llevar, si les traés el vasito. Viene con su vasito y las mozas amablemente se lo llenan de café.

“Si yo fuera de las escritoras que escriben en bares, sin duda escribiría en ese bar”, me escribe Lucrecia Mirad, arquitecta y novelista. Carola Nin me cuenta en un audio: “Está aquí muy presente la idea de poner la mesa, de alojar; hay algo de lo hogareño”. “La mesa está tendida”, invita su esposo. En esas dos voces resuenan las de una burguesía rosarina culta: los mecenas y anfitriones de antes, como los Estévez y los Castagnino.

Carola Nin, su esposo Marcelo Gastaldi y el matrimonio amigo integrado por Claudia Molteni y Mauricio Baili son clientes de la galería de arte Subsuelo. A uno de sus dueños, el arquitecto Daniel Pagano, recurrieron para dar forma a algo nuevo: un centro cultural privado en Rosario. Pagano y su colega Martín Álvarez, el equipo autor del proyecto arquitectónico, les proponían intervenir solo en el contrafrente y no demoler nada. La casa, no catalogada como patrimonio urbano, se hallaba sin embargo en muy buen estado, sin humedades ni problemas estructurales, con su escalera original y sin refacciones que violentaran el plano inicial. Pagano y Álvarez se asombraron de que los cuatro comitentes no rechazaran aquel primer proyecto que les presentaron. Es que la idea cuajaba bien con la de un centro cultural donde dialogaran el pasado y el presente. “Una ampliación muy respetuosa que se agrega a la vivienda que estaba”, opina Mirad.

La propuesta que quedó plasmada en el legajo ejecutivo implicaba abrazar lo antiguo con lo nuevo en una operación arquitectónica tan conservadora como audaz: “Se cortó por cuatro días la calle, con permiso municipal, para ingresar con grúa las columnas de 12 metros de largo que apuntalan una estructura metálica independiente que no toca la casa sino que la envuelve, aparece por atrás y le hace un techo con la terraza”, recuerda Pagano, quien

también dirigió la obra. Durante los cuatro años que llevó realizarla (con la pausa de la pandemia), el nombre del todavía futuro centro cultural comenzó a obrar.

“Contraviento” sería ese nombre y también fue el del quinteto de vientos formado por cinco músicos de la Orquesta Sinfónica Municipal que hallaron lugar donde ensayar en aquella obra en construcción: Azul Chiavia (fagot), Agustín Tamagno (oboe), Emiliano Baseli (clarinete), Matías Crosetti (corno) y Emiliano Zamora (flauta). Cuando por fin se inauguró el Centro Cultural Contraviento, en aquella semana sangrienta de marzo de 2024, el quinteto Contraviento ejecutó entre otras obras una versión instrumental de la canción –casi un himno– para el CCC: *Contraviento*, de Litto Nebbia, inspirada en conversaciones con los cuatro socios. La canción es uno de los bonus tracks del CD *La suite rosarina. Postales afectivas de la ciudad*, que Nebbia grabó en 2022 en Buenos Aires con Adrián Abonizio [ver recuadros] y editó por su sello Meloepa. La portada lleva un agradecimiento y una dedicatoria al Centro Cultural Contraviento.

“Escribiría en ese bar, o en alguna de las mesas dispuestas en lo que la huella anterior determinó como garaje y ahora es un espacio lineal para muestras”, continúa Lucrecia Mirad su mensaje. Ahí me dirijo, al antiguo garaje donde tres herrajes redondos en las ventanas del portón original (esmaltado en blanco) parecen prefigurar el logo del lugar: CCC. Allí, al pie del vía crucis secular en barro y maderas por Federico Cantini, con texto de sala de la poeta Daiana Henderson, una pregunta se extiende por el sector vidriado del piso, que pone distancia con las obras: “¿Qué busca quien camina contra el viento?” Yo buscaba mi siglo y lo encontré en estas imágenes –anacrónicas o actuales, según se interprete– de pibes en la vereda, fumando en zaguanes, desparramados en los bares de una noche rosarina que ya no existe. La primera consigna de la agenda del CCC, hasta el 19 de agosto, es: *Rosario, cultura y narcotráfico*. “La idea de trabajar alrededor de temas está en el centro de nuestra concepción de centro cultural. Somos un centro con una agenda propia, que invita a participar a diferentes actores de la cultura –resume Gastaldi–. Hay un contenido *a priori*, no rígido, abierto pero que enmarca”.

“En Contraviento buscaremos que las expresiones de nuestra historia convivan con las del presente”, se lee en un comunicado institucional, uno de los elocuentes textos sin firma que el CCC va dejando al paso de los visitantes. En esa agenda convergen Cantini, el pintor Daniel García y el poeta Eduardo D’Anna con un texto de fuerte contenido social y existencial: el poema *Diego*, que su autor recita fumando, en un gesto de otro tiempo. En la sala más cercana a la calle, se lo ve leer en un video sin sonido, su-

LA SUITE ROSARINA

Por **Adrián Abonizio**

Con Litto hace años que componemos juntos, por correo. Y él ha grabado algunos temas realizados en conjunto por esa vía. Con la Suite fue la primera incursión de juntarnos en un estudio, previo envío y recepción de letras y músicas. Lo resolvimos rápidamente, sabiendo que lo que pretendíamos no era un disco de hits sino de historias deliberadamente rosarinas. Es un álbum casi como un libro de geografía humana, cuyos verbos o sustantivos principales son las gentes que por

aquí pasaron y su centro aritmético esta ciudad en que nacimos. Litto preparó la parte musical casi en su totalidad incluida la canción sobre Contraviento, quienes a la sazón eran partícipes de la producción ejecutiva. Yo aporté un añejo tema llamado Rita, dedicado a la Salvaje, un ícono de la velada sexualidad de los años mozos de muchos de nosotros. Lo demás lo compusimos a medias, yo en la letra y él especialmente en la música. Nos quedó corto el disco porque aún hay muchas cosas por narrar.

bido con sonido a la página web. Desde allí se puede descargar todo el poema, que también se puede leer ploteado en la sala en penumbras. D'Anna es un sobreviviente de los combativos años 60, un luchador de la militancia política y la poesía de vanguardia. Su lúcida memoria a cielo abierto se mezcla con un aguafuerte sobre los consumos problemáticos actuales. “El problema / no es la milonga, sino la vida, / la que se dice que vivimos: ser nada / después de no haber sido nada”, escribe.

Coherentes con el elemento aire que inspira al lugar, los nombres de las salas se refieren a los vientos regionales: Sudestada y Pampero. Un video en la página web de Estudio Altillo los muestra a los diseñadores, Ever Carucci y Manuel Antelo, exponiendo unas letras C al efecto de un viento generado artificialmente. De ese encuentro entre cultura y naturaleza nace el logo animado del CCC, que puede verse en la página web del centro cultural. Pero arriba en la sala de usos múltiples sigue la cosa. Subo por una escalera de metal contemporánea y al fin bajaré por otra de madera, moderna histórica. Mérito del proyecto de Pagano y Álvarez es esta torsión cuántica, este finísimo pliegue entre dos tiempos que se deja transitar como un dibujo de Escher. También hay ascensor. Me alegro de ver una pintura y tres dibujos de Daniel García, quien dio un conversatorio imperdible que puede escucharse en la página web o en el canal de YouTube del CCC. “No es sencillo que un auditorio sea al mismo tiempo una sala de exposiciones, porque no sería una sala óptima ni un auditorio óptimo. Hubo que buscar un punto medio”, explica Pagano. Además de las banquetas apilables de diseño exclusivo que posibilitan una flexibilidad en el uso del espacio, se convocó al ingeniero en sonido Pablo Miechi.

Una voz faltó: la de Oscar Bravo. “Estaba previsto que viniera [al panel “Los escribas y su tiempo”, el 16 de mayo de 2024, con Germán de los Santos, Eduardo D'Anna y

Martín Rodríguez] y hablamos en varias oportunidades, pero justo cuando se hizo el evento él estaba trabajando fuera de Rosario. Para nosotros fue una lástima porque nos interesaba mucho escuchar su perspectiva”, se lamenta Carola. El premiado periodista Germán de los Santos, coautor con Hernán Lascano de dos libros sobre el narcotráfico en Rosario, abrió diciendo que Oscar “cuenta esas historias desde el territorio, viviendo ahí. Yo lo conozco a él desde hace diez años, cuando lo matan a su amigo y compañero [de la Escuela Técnica 660] Ariel Ávila. Un profe de la secundaria [Lisandro Rodríguez Rossi] veía que los chicos en los recreos le decían que «hacían batallas». Rapeaban. El profe dijo: acá hay algo para trabajar. Ellos tenían una banda de hip hop, La Técnica del Hip Hop [que integraban además Marcelo Favio y Daniel Moyano]. Ganaron un concurso [Cerveinticinco] con una canción, *El barrio está peligroso*. Y ellos, pibes de la secundaria, contaban lo que pasaba en Empalme Graneros, un barrio que después se transformó en un lugar cargado de violencia. Y él [Oscar] me decía: «Acá hay dos problemas, y yo canto sobre eso: la policía y el narco». Me quedé pensando cómo un pibe de 17 años, recién salido de la secundaria, con pocos elementos y en un barrio muy castigado, tenía una lucidez para describir la situación de lo que pasaba en ese momento mucho más grande y más profunda que el periodismo, que la dirigencia política y que la propia cultura. La de ellos es una cultura que está fuera de los márgenes, ni siquiera en los márgenes. Porque son pibes que tienen que salir a laburar para poder grabar. Porque el rap, el hip hop, es música de estudio; si no la grabás no existe. Necesitás la plata”.

El próximo tema de la agenda será *Lo negro*. Carola Nin, exministra de Educación, destaca del proyecto “la enorme voluntad didáctica de hacer que gente que no se acerca a los lugares culturales se acerque, y que en pleno siglo XXI algo colectivo sea posible”.



LETRA Y MÚSICA POR LITTO NEBBIA

“Hay un viento que
viene, / que golpea en la
cara. / Hay otro que te
abrazo / y otro a veces
te lleva. / Con cualquiera
de ellos, libre te sentirás.
/ En algo se parecen,
ya lo notarás. / Aunque
los desafíos, libre te
sentirás. / Contraviento.
/ Libre te sentirás”.

AMBOS MUNDOS

Perder la palidez

Por
Miguel
Roig

Javier Milei intriga en España: en Italia resulta pintoresco, incluso familiar, y en Francia despierta poco más que indiferencia. Lo último que recuerdo haber visto en Le Monde es un artículo sobre su adicción compulsiva a las redes desde una perspectiva patológica y la aprobación reciente de la Ley Bases ilustrada con una fotografía de los disturbios ante el Congreso que describen, más que una manifestación, una escena bélica.

En España, por el contrario, asombra. Ni Georgia Meloni, ni Viktor Orban, ni Santiago Abascal, líder de la ultraderecha española, ni siquiera Boris Johnson con su cúmulo de excentricidades han llegado a tanto.

Antes, en cualquier charla, era común preguntar a un argentino por el peronismo, otro tópico nacional que aquí fascina. Ya no. Ahora, directamente, la duda que quieren disipar es sobre el destino del país. ¿Qué pasa en Argentina? El periodista Enric González, corresponsal de El País en la década pasada, dice que si lo entiendes es porque te lo han explicado mal.

Si saco el tema es por simple contradicción. Varios medios me pidieron que escribiera sobre Milei. Estoy saturado, entre otras cosas, por la dificultad de construir un sentido alrededor de su emergencia. Uno de los trabajos que me propusieron consistió en un ensayo breve para una revista cultural y por sus características me obligó a una revisión de las últimas cinco décadas de nuestra historia, desde el inicio de la dictadura, un punto posible de partida hasta el epílogo actual o el prólogo de una era con una deriva imprevisible.

En el estudio donde escribo, en mi casa de Madrid, hay un panel de corcho en el que voy pegando recortes, apuntes o esquemas de algún trabajo en marcha. Se amontonan también fotos y uno que otro recuerdo. En un ángulo hay un flyer, más pequeño que una postal, que se cayó un día al abrir un libro. Es de la convocatoria a un acto en la bajada Sargento Cabral el jueves 31 de octubre a las 20. Los oradores eran Oscar Alende y Lisandro Viale. En el centro de la imagen hay un círculo dividido en un hemisferio rojo, el superior, y el otro negro. En el centro, calado en blanco, un acrónimo de dos letras. A mano alzada, en negro, un artículo y un solo signo de admiración: "El PI!".

La descripción objetivista del flyer la reclama el cuidado del diseñador, el mimo artesanal a la hora de elegir la tipografía, ordenar los elementos, medir el peso del rojo y negro con el contraste del blanco. El mimo, repito; el cuidado, la inversión de tiempo en un trabajo quizás militante, no remunerado, con lo cual, con más razón pienso en el goce que hubo en el proceso de su realización.

A finales de la dictadura la revista Risario tenía un enemigo implacable, la Liga de la Decencia. Era una organización local, cuyo desquicio y deriva patológica alcanzaban unas cotas que bien parecían competir con los contenidos humorísticos de la revista. Recordarlo me causa gracia ya que la vocación medieval de aquella asociación se expresaba con manifiestos que remiten hoy más a Capusotto que a unos solitarios inquisidores de provincia.

La redacción de Risario era un espacio en el que convivíamos los que nos iniciábamos en el oficio con profesionales como Manuel Aranda, Alejandro Lamas o David Leiva. Era un lugar en el que David, el director, podía diseñar un flyer como el que aún me pide atención visual en una pared de mi casa. La revista era un sitio desde el que veíamos los primeros movimientos del presidente Alfonsín. Eran días en los que aún atemorizaba que un tanque saliera a la calle, pero nadie, incluso en medio de aquella Semana Santa, creía que los dinosaurios pudieran volver.

Mientras tanto, el flyer resiste. Los colores del logo, a pesar de los años y la luz, no se han deslavado. El negro tipográfico está intacto. Solo el blanco ha perdido la intensidad, pero lo tomo como una sugerencia del tiempo: este no es momento para ponerse pálido.

Paseo, recreo, escapadita de invierno...

Pensá en Santa Fe



Información turística
las 24 hs. desde tu WhatsApp
+54 9 3425 90 8723

 @santafetur
santafe.tur.ar



Santa Fe
PROVINCIA

Turismo

FERVILIMPRESOS

LIBROS • REVISTAS • PAPELERÍA • IMPRESOS EN GENERAL

TENEMOS UNA
SOLUCIÓN PARA
CADA **NECESIDAD**



Máxima
Velocidad



Servicio
Post-impresión



El mejor
Precio



Envíos a
Todo el País

Santa Fe 3316 | S2002KUD | Rosario
contacto@fervilimpresos.com.ar | www.fervilimpresos.com.ar